



## COMENTARIOS

CARLOS BOSCH GARCÍA

La lectura cuidadosa del trabajo de Sheldon B. Liss desconcierta. Quizá ésta sea la forma mejor de describirlo. Treinta y tres páginas de texto y más de cinco de notas que desconciertan porque no atina uno a percibir el verdadero objetivo del autor. Si todo responde a la preocupación de por qué no han escrito los autores estadounidenses sobre este tema en los últimos diez años, quizá el propio trabajo del autor pueda revelar el porqué. Se limita a presentar dudas sobre la política externa de México sin resolverlas. Si no nos hacemos a la idea de que debemos entrar en los temas a fondo, ¿cómo hemos de resolver los problemas que presentan?

Creemos, además, que limitarse a la bibliografía publicada en los últimos diez años es un error. Hablar de la pobreza de materiales aparecidos en esa época es intrascendente, porque el periodo es demasiado corto. Que apareciera una gran cantidad de bibliografía en ese tema sería casualidad.

El tema nunca fue de los más populares para los historiadores y, quienes lo hemos trabajado, sabemos por qué. Es molesto de trabajarse porque siempre se tropieza con las posturas políticas de los países y de los propios intelectuales. Molesto en cuanto a que se debe apoyar en archivos gubernamentales pertenecientes a Secretarías de gobierno que sirven a la Secretaría y no al investigador. Pero, además, molesto porque en él se discuten todos los motivos de fricción entre las naciones en un periodo en que se deseen ignorar todos los problemas incómodos.

Pero hay otros puntos de importancia; entre ellos los que, a los historiadores mexicanos, nos interesa analizar, con preferencia la postura de los Estados Unidos y los principios de su política que chocan con nuestro país y con los demás de América Latina. Es precisamente en este campo donde deseamos y nos esforzamos por encontrar una interpretación que nos sirva también para entender nuestra propia historia. En este punto estoy de acuerdo con el autor, debemos ir en busca de la interpretación o, por lo menos, de la interpretación mexicana de la política exterior de los Estados Unidos, porque es fundamental para nosotros. Pero no ignoramos, y seguro que el profesor Liss tampoco lo ignora, que lograr una interpretación en nuestra especialidad es quizá más difícil que en otras de la misma historia. Es, además, un proceso lento que parte del estudio de archivo —la bibliografía hay que manejarla con cuidado— y luego el conocimiento se eleva poco a poco hasta lograrse la interpretación. Quienquiera que intente esta tarea se dará cuenta de que significa un trabajo de muchos años y que no se pueden salvar conductos si se desea un producto bien acabado, por lo menos, para uno mismo.

El trabajo que nos concierne parece responder a la inquietud juvenil de nuestra época, por su interés sobre lo inmediato, por la limitación sobre la bibliografía de un lapso de tiempo muy corto y por la falta de satis-

facción que obtiene de la respuesta de autores, elegidos por haber publicado sus trabajos dentro de la década escogida. Algunos de ellos quizá no hayan publicado su mejor libro en ese periodo, sino en épocas anteriores. Ellos son: Daniel Cosío Villegas, Isidro Fabela, Lucía de Robina, Jorge Castañeda, Francisco Cuevas Cancino, Aarón Sáenz, Lorenzo Meyer, Alberto Bremauntz, Rodrigo García Treviño, Vicente Lombardo Toledano, José Revueltas, David Alvaro Siqueiros, Jesús Silva Herzog, Víctor Manzanilla Schaffer, Luis Medina Ascencio, Antonio Gómez Robledo, Berta Ulloa. Todos ellos de diferentes objetivos e intereses al publicar sus libros y representantes también de estudios muy variados en el estudio de las relaciones entre los dos países, pues van desde el puro interés bibliográfico hasta el político, pasando por infinidad de intermedios.

Nos enfrentamos, pues, a un proceso de trabajo lento, en el que ya han trabajado varias generaciones y apenas empezamos a despejar algunas de las incógnitas más conspicuas. La experiencia muestra, de manera clara, cómo es imposible encontrar respuestas en una bibliografía limitada a los últimos diez años, tal como lo trata de hacer el autor.

Sus inquietudes, en cuanto a la pasividad de México en la política exterior de la postguerra, en cuanto al problema de la no intervención, o de la actitud jurídica, posiblemente se disiparían si recurriera a enlazar la bibliografía y los temas de preocupación con la bibliografía y los periodos históricos precedentes. De hecho debería remontarse sin prisa, ni ansias, hasta el principio del siglo XIX. ¡Cuán bizantinas resultarían muchas de las preguntas que plantea!

Todos admiramos el trabajo dinámico y quisiéramos absorber el contenido de los archivos en un momento para poder llegar a estadios superiores del estudio. Nos preguntamos también si la razón de ser de las dudas y de los temas, que se señalan para futuro estudio, no resultan de la falta de paciencia para investigarlos a fondo. Algunas de las preguntas que hace están resueltas, otras no. Puede ser que con el transcurso del tiempo el autor logre el equilibrio y la calma que le hará ver cómo los historiadores de los Estados Unidos, en la última década, han tenido temas de preocupación que han disminuido de manera aparente el interés por los temas cercanos, como lo son los de América Latina para ellos y, sustituirlos, abocándose a los temas de Oriente o África que responden a inquietudes de su propia nación y que, por ello, han sido subsidiados ampliamente.

Quienes manejan bibliografía pueden notar el aumento considerable de la producción norteamericana en esos campos y su disminución en el campo latinoamericano que ha llegado casi a desaparecer de las publicaciones.

## II

El trabajo de la señorita Berta Ulloa está dividido en dos partes, a saber: la primera, un comentario general hecho en 13 páginas y la segunda, que consta de una bibliografía de alrededor de 40 páginas, si se cuentan los cuadros estadísticos que ha logrado montar.

El trabajo de conjunto significa un esfuerzo cuidadoso para mostrar lo que se ha producido en la materia que nos contrae. Reúne y clasifica las

fichas bibliográficas de las publicaciones aparecidas y las organiza en apartados idóneos.

Su clasificación comprende:

I. Sección general:

- a) historias generales;
- b) panamericanismo;
- c) relaciones con Estados Unidos;
- d) la cuestión de Belice y relaciones con Centroamérica;
- e) varios.

II. Iniciación de la vida independiente.

III. La era de Santa Anna.

IV. Reforma e Intervención.

V. República, restauración y Porfiriato.

VI. Revolución 1910-40:

- a) panoramas generales;
- b) temas específicos;
- c) la era de la buena vecindad;
- d) varios.

VII. Bibliografías.

VIII. Cuadro resumen.

El cómputo final no puede considerarse malo, pues se trata de 82 obras, sin contar las reediciones que entran en la sección general; 24 dedicadas a la iniciación de la Independencia; 35 a la era de Santa Anna; 59 a la Reforma e Intervención; 51 a la República restaurada; 178 a la Revolución cubriendo el periodo de 1910 a 1940. Significa un total de 429 títulos que han aparecido sobre las relaciones exteriores de México durante el lapso de veinte y nueve años. La estadística que presenta Berta Ulloa hace notar, además, cómo a partir de 1959 la producción se acelera y ello quiere decir que el interés por el tema va en aumento de manera considerable; pues si en el primer periodo, que va desde 1940 a 1958, se publicaron 193 obras en el segundo aparecen 266 lo que significa, en un lapso de sólo once años, casi un tercio de aumento.

Desde este punto de vista debemos sentirnos satisfechos, pues los esfuerzos llevados a cabo en el campo de las relaciones internacionales están rindiendo frutos y el tema en sí llama la atención de los estudiosos, a pesar de todos los pesares, que son muchos. Tampoco desanima observar los nombres de las personas que se han dedicado a este estudio, pues, al revisar las fichas con cuidado, notamos cómo se encuentran los nombres de personas ilustres de nuestro mundo intelectual, y político, entre los autores.

Creemos que el historiador mexicano de temas internacionales empieza

a contar con una tradición y su estudio se debe al hecho real de que la vida internacional adquiere cada día más importancia en el país. Sin embargo el tema todavía no ha sido totalmente incorporado a la historia general de la nación y se sigue entendiendo como un aspecto paralelo de la historia. El paso, que significa la incorporación de nuestros temas a la historia general necesita, todavía de muchos esfuerzos. La bibliografía de Berta Ulloa nos lo muestra así, pero debemos satisfacernos al pensar que hemos logrado abrir un campo nuevo de estudio, que es importante y que contribuye al conocimiento de nuestra historia, al situarla en una tercera dimensión por relacionarla con la de otros países.

Ahora bien, el análisis que de su propia bibliografía hace Berta Ulloa no alcanza su propio significado, pues aunque menciona cómo 13 instituciones se han interesado por la publicación de las obras que nos conciernen, sólo tres parecen ser las patrocinadoras importantes de los libros y creemos que su misión va mucho más allá, ellas son: la Secretaría de Relaciones Exteriores, la Universidad y El Colegio de México. En esas tres instituciones el objetivo ha sido mucho más importante y la señorita Ulloa debe hacerlo resaltar con mucha claridad pues en ello se diferencian de las demás. La función de la Secretaría fue de publicar y difundir el conocimiento del tema y así lo intenta a través del Archivo Histórico Diplomático, desgraciadamente falló en su distribución como la mayoría de las publicaciones oficiales, que no siempre llegan a las manos de quienes en ellas se interesan. A la vez la Secretaría se convierte en la fuente primordial de documentación, porque posee el archivo donde los investigadores deberían encontrar todas las facilidades y libertad de trabajo.

En cuanto a la Universidad creemos que su función es, como dice la autora, la de preparar profesionales y ciertamente ha producido un buen grupo de egresados, que han mostrado solidez y dedicación por el tema, como sucede en sus tesis profesionales que, tanto por la temática como por el trabajo que acumulan, pueden considerarse de alto significado.

El Colegio de México ha sido la institución que pudo aprovechar a muchos de esos profesionales al utilizarlos en sus aulas, donde se prepararon funcionarios para la Secretaría, o dedicándolos a la investigación facilitando becas en el propio Colegio o ayudándolos a obtenerlas en el extranjero para viajar y a ampliar sus conocimientos. En esta forma sus egresados vieron su campo de investigación ampliado, pues tuvieron ocasión de consultar y utilizar materiales que se encuentran en archivos lejanos.

Las demás instituciones que menciona Berta Ulloa no se han preocupado, en la mayoría de los casos, por el estudio de nuestros temas. Se han limitado a patrocinar algunos de los libros y nada más. Es posible que esto explique la existencia de una lista de autores bizarros, no profesionales, que por afición producen manuscritos cuya salida es institucional por razones muy diversas. Esa lista de autores parece mostrar también que otro aspecto importante de esta especialidad es la falta de profesionalidad, pues trata de autores cuyo quehacer no es la historia, sino que va desde las tareas del curato hasta las guerreras y recordamos la frase famosa de "cuando tengo tiempo no tengo pan y cuando tengo pan no tengo tiempo", que explica y describe el verdadero fondo del asunto.

La autora pasa, después, a analizar el contenido de sus propios apartados bibliográficos y es una lástima que no se haya detenido en ellos con calma y precisión, pues sólo así nos hubiera presentado una historiografía, como dice el título, de mucha importancia para todos nosotros. ¿Qué tendencias hay en esos libros? ¿Cómo interpretan los problemas? ¿En qué forma los presentan? ¿Qué problemas tocan? Éstas y muchas otras preguntas son preocupaciones que, si bien se intenta descubrir en las páginas que analizamos, no se han logrado resolver. En este último tramo es donde la ponencia amerita todavía un esfuerzo supremo, pues apenas esboza sin lograr profundizar sus propios conceptos.